

Norberto Mínguez (ed.): *Ficción y no ficción en los discursos creativos de la cultura española*. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2013, 306 pp.

Si algo queda claro al examinar el volumen editado por el profesor Norberto Mínguez es la importancia que los discursos audiovisuales han adquirido en los últimos años. Y no únicamente porque dicho volumen se centre especialmente en dichos discursos, sino porque en los procesos de recuperación de la memoria histórica que se han vivido en España en la última década los productos audiovisuales se han mostrado particularmente productivos y, por qué no decirlo, también polémicos. Recordaba Norman Davies en su imprescindible *Reinos desaparecidos* lo contradictorio, vacío e impreciso que puede resultar el término "memoria histórica" y lo absurdo que puede ser el que tengamos que regularlo "por ley". Así ha sucedido en España, país poco pacífico y demasiado sectario a la hora de acometer la recuperación del pasado y enzarzado en discusiones estériles que desembocaron en su día en una ley que pretendía regular y reglamentar la susodicha memoria histórica. Pues bien, el volumen que nos ocupa aboga por un estudio de los procesos de formación de la memoria personal e histórica desde una perspectiva integrada y comparatista siempre atenta a los últimos hallazgos en el campo de la teoría, lo que obliga a iniciar la edición con sendos textos de Gonzalo Navajas y Antonio Garrido dedicados a la memoria posnacional y al llamado giro cognitivo en el campo de los estudios de teoría literaria. En el capítulo "La memoria de la posnación. Escritura e imagen en la era global", Gonzalo Navajas sitúa el debate dentro de las coordenadas de nuestro tiempo posmoderno, descreído y esquivo con la historia, en donde "las rígidas compartimentaciones del pasado han perdido gran parte de su poder de persuasión" (28). Es así como solo en un tiempo como el actual puede finalmente Javier Cercas jugar con la figura de Sánchez Mazas y, a juicio de Navajas, repartir culpas superando el lugar común, tanto tiempo aceptado por discursos públicos tibios, de las responsabilidades paritarias entre vencedores y vencidos (dentro de la ya canónica *Soldados de Salamina*), al tiempo que añade las necesarias referencias a la complejidad de un mundo posnacional, multicultural, en donde será necesario revisar el concepto de identidad a la luz de las nuevas distribuciones de poder que han surgido en tiempos democráticos. Quedan muchos aspectos apuntados que otras partes del libro explorarán en mayor o menor medida, con más intensidad o de manera más lateral, pero el capítulo contextualiza y acota perfectamente el terreno de juego en el que nos vamos a mover.

Por su parte, Antonio Garrido traza un panorama de referencias inexcusables para entender lo que conocemos como el “giro cognitivo” en la teoría literaria, y que tiene que ver con aproximaciones novedosas construidas a partir de hallazgos de campos como la psicología, la neurobiología y la filosofía. Nuestra comprensión de la realidad, el papel que el observador juega en los procesos de aprendizaje, descripción del mundo, comprensión y construcción textual, resultan el centro de la pertinente reflexión de Garrido. El examen de la bibliografía del capítulo revela la importancia creciente que la neurobiología está adquiriendo en el mundo de la teoría literaria, y es que hoy en día ya nadie puede huir de los textos de Brian Boyd, Antonio Damasio o Lisa Zunshine si quiere aportar algo relevante al estudio de la descodificación textual. Si en su día fueron investigadores como Iser y Jauss quienes sirvieron de base para la renovación de los estudios de teoría literaria, ahora son autores como los citados quienes, desde una posición etiquetada en sentido amplio como Humanidades Digitales (los estudios de Digital Humanities), nos permiten seguir avanzando en este apasionante mundo de la creación y la descodificación de textos (de ficción y no ficción, recordemos).

A partir de ahí una parte importante del volumen se centra en el estudio de temas estrictamente audiovisuales, con una presencia central de cuestiones relacionadas con la televisión. Siguiendo con el tema de la memoria histórica, el imprescindible capítulo de Manuel Palacio pone el dedo en la llaga, al recordarnos desde las esquinas de la metodología que el estudio de la televisión requiere de un conocimiento muy preciso de las normas comerciales del medio, para que el investigador no se sorprenda ni se despiste por cuestiones perfectamente “normales” dentro de un medio que, a diferencia de otros, está sometido a la lógica de los grandes números. Ello nos recuerda que para comprender la España de la democracia constitucional del 1978 –esa que algunos pretenden tambaleante y caduca- es de lectura obligada el volumen que el mismo Manuel Palacio dedicó a los discursos televisivos en tiempos de la Transición española (*La televisión durante la Transición española*, Cátedra, 2012). Reconstruir el horizonte de expectativas de un espectador contemporáneo al producto que se analiza siempre ha sido una necesidad y una gran dificultad cuando hablamos de televisión, el medio de lo efímero por excelencia. Palacio nos advierte sobre los problemas que plantea el “presentismo”, esa forma desviada de leer los productos del pasado a la luz de nuestra sensibilidad –y problemática- contemporánea. Esta cuestión incluso se puede filtrar a la propia factura creativa de un producto televisivo, por lo que hay que proceder con gran cautela, sabiendo que, como recuerda Enzo Traverso –citado por el propio Palacio-, “la memoria son las representaciones colectivas del pasado tal y como se forjan en el presente” (188). Los capítulos de Paul Julian Smith, Helena Medina y Gema Bellido forman, junto con el de Palacio, un conjunto coherente que relaciona los procesos de memoria con la actividad de la televisión. El de Medina, más genérico, reflexiona ampliamente sobre el trabajo de adaptación de hechos históricos que implican, como sabemos, grandes responsabilidades, entre las que no se encuentra ser necesariamente fiel a los hechos. Aquí cabría preguntarse, discusión más amplia

y nunca del todo solucionada, si se puede traicionar la letra pero no el espíritu de un hecho histórico. Y para poder apuntar una respuesta este conjunto de capítulos sirven para intentar fundamentar una posición al respecto.

El volumen se completa con un bloque también amplio dedicado al cine y los discursos de ficción y no ficción, sus inevitables relaciones y difusos límites. No son pocos los ejemplos que en estos casos caen próximos al tema de la memoria histórica, o que presentan algún tipo de relación con la historia de los últimos treinta y cinco años en nuestro país. Relacionando unos textos con otros es como finalmente podemos formular algunas de las grandes preguntas que surgen a partir del análisis de productos tan diversos como las miniseries recientes dedicadas al golpe del 23 de febrero de 1981, las películas de Almodóvar, las novelas de Cercas o Marías, o los documentales de Guerin o Patino (dos autores, estos últimos, que Josep Maria Catalá analiza con detalle en el capítulo "El horizonte interior"). Sin duda estamos inmersos desde hace algunos años en una serie de procesos de revisión histórica que, entre otras cuestiones, se han centrado en un nuevo examen del proceso de la Transición. No han faltado detractores del proceso y curiosamente las críticas han llegado de derechas e izquierdas. Algunos autores alineados con la izquierda han hablado de la Transición como de un gran pacto de olvido y silencio que nunca logró reconstituir la memoria de las víctimas de la represión franquista. La Transición queda así articulada como un proceso que no mira atrás y que queda circunscrito a una suerte de corta memoria, o desmemoria directamente, de la que participan también autores como Pedro Almodóvar (sus primeras películas suelen justificar dicha posición). Los ataques al proceso también han llegado de la derecha, en este caso con abundantes críticas a la supuesta tibieza con la que se trató a las nacionalidades históricas, responsables, según ellos, del supuesto desorden territorial actual y al sobredimensionado papel que la historia ha otorgado a los partidos de izquierda. Unos y otros parecen aquejados del mal contra el que nos advertía Manuel Palacio, un presentismo nada disimulado que todo lo analiza con la clave que no toca. Pero este debate no está cerrado; es más, está abierto y de rigurosa actualidad, como demuestran productos importantes como *Anatomía de un instante*, de Javier Cercas, la producción televisiva y cinematográfica actual dedicada a la reconstrucción histórica, no precisamente escasa, y los enconados debates que podemos encontrar en la prensa diaria.

Debemos destacar que el volumen editado por Norberto Mínguez no se limita al debate histórico o identitario. Su voluntad es mucho más amplia, al complementarse acertadamente con textos sobre las fronteras del yo en el documental español (Efrén Cuevas), el falso documental (Norberto Mínguez), el metacine (José Luis Sánchez Noriega), la narrativa de Javier Marías (Marcos Roca), la telerrealidad (Alfonso Puyal) y los discursos publicitarios (Caridad Hernández y María Luisa Pinar). Elementos todos ellos esenciales para entender el devenir de los discursos de ficción y no ficción, y sus fructíferas fronteras, en los últimos años en España. Por citar algún hueco, o quién sabe si más bien por hablar de posibilidades de ampliación de una investigación que se nos antoja todavía preliminar y en constante movimiento, cabría echar en falta que se hubiese incluido algún

estudio comparado sobre el papel que en estos procesos de construcción de la historia y la memoria colectiva han jugado las televisiones y administraciones autonómicas. Sobre esta cuestión, que se va a mostrar con el tiempo espinosa y poco pacífica, hay mucho que decir, pero hay que decirlo. Algunas de las voces más críticas y contrarias al proceso de la Transición se han articulado como mecanismo de refuerzo de la posición identitaria de quien, nacionalidad histórica mediante, pretende poner tierra de por medio con una Constitución a la que se le achacan todo tipo de males, reales e imaginarios. Sobre esa cuestión sabe mucho Javier Cercas, pero también otros autores como Arturo Pérez Reverte o el mismo Javier Marías. En definitiva, y si seguimos la lógica del volumen y el valor de sus aportaciones, parece razonable pensar que alguien tendrá que rastrear el papel que los medios de comunicación (estamos pensando especialmente en la catalana TV3) han desempeñado en estos procesos de revisión histórica, acometidos indistintamente por productos de ficción y no ficción, y el efecto que han provocado en generaciones distintas, algunas de las cuales ya no han vivido la Transición ni sus inmediatos efectos durante los primeros años ochenta.

IVÁN GÓMEZ  
ivangg@blanquerna.url.edu  
Universitat Ramon Llull